

SAN JUAN CRISOSTOMO

**HOMILIAS SOBRE LA CARTA DE
SAN PABLO A LOS ROMANOS**

VOLUMEN II

Traducción, prólogo y notas empezada por el
Rvdo. P. Bartolomé M.^a Bejarano S. J.
y acabadas por el
Rvdo. P. Anselmo López S. J.

Serie
Los Santos Padres
N.^o 22

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Depósito Legal: SE-538-1990

I.S.B.N.: 84-7770-168-7

I.S.B.N. de la obra completa: 84-7770-167-9

IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTED IN SPAIN

Imprime: Gráficas Mirte S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Nave 7 y 9, 41007 Sevilla

PROLOGO

Entre las varias obras que dejó sin terminar el benemérito P. Bartolomé Bejarano, S. I., se encontraba la traducción de las Homilías de San Juan Crisóstomo sobre la "Carta de San Pablo a los romanos". Poco después de su santa muerte, ocurrida el 24 de enero de 1945, salió a luz el tomo primero, que abarca las siete primeras homilías.

Hoy sale a luz el tomo segundo, que dejó empezado y que nosotros hemos acabado. El P. Bejarano era un gran admirador de San Juan Crisóstomo, y por eso empezó con gran entusiasmo la traducción de sus obras.

Descanse en paz el operario infatigable, que estuvo con la máquina de escribir delante hasta ocho días antes de su edificante muerte, y desde el cielo, donde hoy goza de sus trabajos por Cristo, bendiga los nuestros en la tierra y a todos los lectores que busquen en estas páginas el pan de sus almas.

Esperamos que Dios nos ha de dar salud y tiempo para completar la obra magna que dejó empezada el P. Bejarano y podremos terminar la traducción de las treinta y dos homilías de San Juan Crisóstomo sobre la "Carta de San Pablo a los romanos", que publicaremos en tomos sucesivos.

Granada, 31 de julio de 1946.

ANSELMO LÓPEZ, S. J.

HOMILIA VIII (4, 1-22)

¿Qué ventaja tuvo, pues, Abraham, padre nuestro según la carne? Es una objeción que San Pablo pone en boca de los judíos, que se gloriaban de tener por padre a Abraham, que fue el primero que recibió el sello de la circuncisión; y en su respuesta hace ver que, aun el mismo Abraham, no alcanzó la justicia sino por la fe; porque si este Patriarca —dice— se hubiera justificado por sus obras, hubiera tenido de qué gloriarse, mas no delante de Dios. Hay dos motivos de qué gloriarse: uno, de las obras, y otro, de la fe. Los que se glorían de las obras, no pueden ostentar más que algunas acciones, de las cuales se glorían; los otros, encuentran en su fe un motivo mucho más grande y sublime.

La generalidad de los hombres puede abstenerse de matar y robar, mas no todos tienen el espíritu bastante elevado sobre los sentidos, para creer que Dios puede hacer cosas que a nosotros nos parecen enteramente imposibles. Por esto, si nosotros honramos a Dios haciendo lo que nos manda hacer, le honramos mucho más creyendo lo que nos manda creer. En lo primero, le obedecemos; en lo segundo, atestiguamos que tenemos un concepto elevadísimo de su grandeza. Mas esta fe que, según San Pablo, se nos computa por justicia, no es una fe lánguida, sino viva, es una firme persuasión de que Dios, con sólo echar sobre un pecador una misericordiosa mirada, puede, en un momento, no sólo librarlo de sus culpas y de las penas merecidas por ellas, sino también justificarlo y colmarlo de gracia y de gloria.

A continuación, prueba San Pablo que Abraham había recibido la justicia antes de ser circuncidado. Y como era obvio el objetarle: Pues entonces, ¿para qué le dio Dios la circuncisión?, responde que la circuncisión fue como el sello de la justicia recibida por la fe; y añade al punto que recibió el sello de la circuncisión para ser padre de todos los circuncisos, pero con circuncisión espiritual, la cual comprende lo mismo a los gentiles que a los judíos, todos los cuales vienen a ser herederos de las promesas hechas a Abraham para todos sus hijos; porque así como nosotros nos hacemos hijos de Dios, no por un parentesco carnal, sino por la fe, así también por la fe, y no por la carne, venimos a ser hijos de Abraham, como su fe y obediencia le hicieron a él padre de todos los creyentes.

San Juan Crisóstomo amplifica mucho lo que San Pablo dice de la grandeza de la fe de Abraham, y quiere que, tomándole nosotros por padre y dechado nuestro, nos esforcemos por dar a Dios, por nuestra viva y ardiente fe, la misma gloria que él le dio, atestiguándole nuestra fe por medio de obras.

Exhortación.

Quéjase de ciertas discordias que reinaban entre los cristianos, y para inducirlos a acabar con ellas, les dice: “Respetad, hermanos míos, esta santa mesa, de que todos participamos, y este Cordero sacrificado, cuya carne nos sirven en ella, después de haberla ofrecido en sacrificio.”

Los mismos forajidos que comen juntos, cesan de serlo unos con otros desde el punto en que comienzan a participar de la misma mesa. Esta unión los cambia y transforma, de tal modo, que de crueles tigres que antes eran, los hace corderos entre sí; ¿y nosotros, que nos sentamos todos a una misma mesa y comemos un pan y una carne tan santa y venerada, no vamos a cesar nunca de armarnos unos contra otros, cuando deberíamos unirnos todos en apretado haz contra el enemigo común, contra el demonio? Eso es lo que cada día nos debilita y enflaquece más, y da al demonio tanta fuerza y osadía. Mas ¿cómo acabar de una y para siempre con esta fatal lucha fratricida? Recordando que cada vez que diriges a algún hermano una palabra molesta y ofensiva, desgarras tu propia carne y deshonoras a un miembro de Cristo y a Jesucristo mismo; pues él nos dirá el día del juicio: “Lo que hicisteis o dejasteis de hacer a uno de estos pequeñuelos, hermanos míos, a mí me lo hicisteis o dejasteis de hacer.”

Pero es que él me ha ofendido. —Gime por él. —El me ha injuriado. —Llora, no por la injuria que a ti te ha hecho, sino por el daño que a sí se ha causado. Jesucristo lloró a Judas, no porque le vendía, sino porque se perdía. ¿Te ha ultrajado tu hermano? —Ruega al punto al Señor que le perdone. Es uno de tus miembros, que ha nacido a la gracia, como tú, y en el seno de la misma madre, la Santa Iglesia Católica.

¿Qué ventaja diremos, pues, haber logrado Abraham, padre nuestro según la carne? Porque si Abraham consiguió la justificación por sus obras, tendrá motivos de gloriarse, mas no ante Dios (4, 1, 2).

1. Después de haber dicho que todos en el mundo son reos ante Dios, que nadie puede gloriarse, que todos han pecado y que la salvación no puede obtenerse sino por la fe, trata ahora de probar que esa salvación no es causa de deshonra, sino de honra y mayor que la que se adquiere por las obras. Pues como el conseguir la salvación con alguna deshonra trae consigo tristeza, excluye al punto esa sospecha, aunque esto ya lo había indicado al llamarla no sólo salvación, sino justicia: *Porque en él (en el Evangelio) se manifiesta la justicia de Dios (1, 17)*. Porque el que de este modo y con tal salvación se salva, rebosa de gozo y confianza. Y no dice sólo justicia, sino alarde y ostentación de Dios. Y ¿en dónde hace Dios alarde y ostentación de Sí, sino en las cosas magníficas, gloriosas, espléndidas y grandes?

Mas también prueba lo mismo que las palabras propuestas continuando su demostración a modo de pregunta, como suele hacerlo, ya para mayor claridad, ya ostentando, de este modo, gran confianza y seguridad en sus afirmaciones. Así lo hizo ya antes, diciendo: *¿Qué ventaja tiene el judío? (3, 1); ¿en qué les aventajamos? (3, 9); ¿dónde está pues la jactancia? Excluida queda (3, 27)*. Así procede también aquí interrogando: *¿Qué diremos, pues, de nuestro padre Abraham?* Porque como los judíos encomiaban tanto a Abraham, trayéndole sin cesar en sus labios para todo, y ponderando que fue un gran patriarca, estimadísimo de Dios y el primero que recibió la justicia por la fe, lo cual era una derrota de los judíos en toda la línea y una exuberante victoria suya. Porque que un hombre cualquiera, sin obras ni mérito alguno, necesite de la fe para justificarse, no es cosa inverosímil; mas que un hombre eminente en méritos y buenas obras no alcance la justificación por medio de ellas, sino sólo por la fe, esto era maravi-

lloso en gran manera y tal, que prueba de un modo admirable la virtud y eficacia de la fe. Por lo cual, dando de mano a todo lo demás, se enfrenta desde luego con el patriarca, llamándole padre según la carne; con lo cual excluye a los judíos del parentesco trascendental y genuino, y abre camino a los gentiles por donde puedan llegar a ser hijos de Abraham.

Y luego añade: *Porque si Abraham se justificó por las obras, podrá gloriarse, mas no ante Dios.* Antes (3, 30) dijo que Dios justifica a los incircuncisos en virtud de la fe, y a los circuncisos por medio de la fe; y no obstante que lo primero lo dejaba ya suficientemente probado en lo que precede, a mayor abundamiento, lo demuestra aquí de nuevo más claramente por el mismo Abraham, dando más de lo que había prometido y propuesto. Establece una como lucha entre la fe y la obras, y concreta, con gran perspicacia, todo este certamen en un justo tan eminente. Y entre tanto da gran peso a su razonamiento haciendo de él magníficos encomios; llámale nuestro padre, obligando, con esto, enteramente a los judíos a que le obedezcan e imiten en todo.

No me traigas a ningún judío, no saques a plaza a éste o al otro, pues yo me lanzo desde luego a la cumbre misma, de donde la circuncisión tuvo principio. *Porque si Abraham se justificó en virtud de las obras, gloria tiene, pero no ante Dios.* Aserto oscuro, que es preciso esclarecer. Porque dos son los motivos para gloriarse: las obras y la fe. Al decir, pues: *Si se justificó por virtud de las obras, tiene gloria o motivo de qué gloriarse, mas no ante Dios,* muestra que también de la fe puede sacar motivo de qué gloriarse, y mucho mayor. Porque en esto se ve magníficamente la maravillosa fuerza y perspicacia de Pablo para persuadir, en que retuerce contra la parte contraria la cosa propuesta, y aquello de que blasonaba y arrogantemente se jactaba, la salvación por las obras, eso mismo demuestra que lo posee la fe, y con mucho mayor excelencia. Pues el que se gloria en sus obras, ¿qué riquezas, qué tesoros puede presentar? Únicamente sus trabajos; mientras que el que se complace y se ufana de creer en Dios, ostenta un título más alto y digno para gloriarse; porque con eso muestra tener de Dios un concepto grande y magnífico sobre manera confesándole por infinitamente sabio, recto y veraz; de tal manera, que lo que no alcanzó a inculcarle la universidad de las cosas visibles, lo recibe con gran seguridad de la fe de Dios, amándole con verdadera y sincera

caridad, proclamando altamente y encomiando sumamente su infinito poder. Lo cual es propio de ánimos generosos y nobles, de prudentísima sabiduría y de almas grandes y sublimes.

Porque el no ser ladrón y parricida cualquiera lo logra, es cosa de hombres adocenados y vulgares; mas el creer que Dios puede hasta lo imposible, requiere un ánimo excelso, que aprecia sumamente a Dios y tiene de El elevadísimo concepto, pues es señal evidente de la más acendrada caridad. A Dios le adora ciertamente el que cumple sus mandamientos, pero mucho más el que le honra con la fe. Aquél le obedece, sí; mas éste tiene de El concepto elevadísimo, admirándole y glorificándole más que por los obsequios y demostraciones de sus obras exteriores. Aquel ensalzamiento, aquella gloria, es del que obra rectamente; este otro glorifica a Dios y es todo de Dios. Porque se gloria de sentir muy altamente de El, lo cual redundando en su gloria. Por eso dice que se gloria en Dios y tiene en El toda su gloria y alabanza; no sólo por esta gloria que a Dios tributa, sino también por otra razón. Porque el creyente puede gloriarse y se gloria no sólo de amar él sinceramente a Dios, sino además de ser él muy amado y honrado. Pues así como él lo amó y formó de El un elevadísimo concepto (lo cual es prueba de insigne amor), así también Dios le amó a él, reo de infinitos crímenes, no sólo librándolo del suplicio, sino justificándolo además. Tiene, pues, bien de qué gloriarse, viéndose objeto de tan insigne caridad por parte de Dios.

¿Qué dice en efecto la Escritura? *Creyó Abraham a Dios, y le fue reputado por justicia. Ahora bien: al que trabaja no se le cuenta el salario como favor, sino como deuda* (4, 3,4). ¿Luego esto último, dirás, es más excelente? —De ningún modo: pues también se le computa al que cree; y no se le computaría, si él no contribuyera de su parte también algo.

2. Así es que también éste tiene por deudor a Dios, y deudor no de cosas pequeñas y vulgares, sino grandes y sublimes. Pues así que demostró la excelsitud de su espíritu y la gran virtud de su alma, añadió y dijo no solamente *al que cree*, sino *al que cree en aquel que justifica al impío, se le toma en cuenta de justicia* (3). Porque atiende y considera cuán excelente cosa es creer y estar firmemente persuadido que a un hombre encenagado largo tiempo en sus vicios puede Dios no sólo librarle repentinamente de ellos, sino concederle la justicia y admitirle a los sempiternos honores de la gloria. No creas, pues,

que es éste de menos mérito porque no se le cuenta como favor y gracia; porque esto mismo hace que el creyente sea rico y opulento, que disfrute de tan abundante gracia y de una fe y virtud tan excelsa. Y mira también un premio y retribución mayor. Pues a aquél se le da un salario, a éste la justicia, la cual es mucho mayor y más excelente que el salario.

Demostrado esto ya por Abraham, aduce también a David que abona lo dicho ¿Qué dice, pues, David y a quién llama bienaventurado y dichoso? ¿Al que se gloria de sus obras, o al que ha recibido la gracia, el perdón de los pecados y el don de los dones? Al decir bienaventuranza digo un conjunto de todos los bienes. Pues así como la justicia excede al salario, así la bienaventuranza a la justicia.

Habiendo demostrado, pues, que la justicia era más excelente que las obras, no sólo por haberla recibido Abraham, sino también por otras razones (pues de las obras puede gloriarse, mas no ante Dios), la presenta como más veneranda y augusta, aduciendo a David que también la encomia. Pues él asimismo proclama feliz y dichoso al que ha sido justificado con estas palabras: *Bienaventurado aquel a quien se ha perdonado su iniquidad* (Ps. 31, 1). Y este testimonio que aduce no parece congruente, pues no dijo: Dichoso aquel a quien su fe se le ha contado por justicia; y sin embargo, no obró así por ignorancia, sino muy a sabiendas de lo que decía, para exagerar más la fuerza del argumento. Pues si es feliz este a quien han perdonado de gracia, mucho más el que ha sido justificado en virtud de su fe. Y en donde hay bienaventuranza, toda ignominia, toda deshonra desaparece, y hay grande gloria. Por eso aquello en que aquél sobresale y excede a los otros no lo expresa así, sino que escribe: *Al que trabaja no se le cuenta el jornal como gracia*; mas aquello en que el creyente supera al que trabaja, lo prueba con el testimonio aducido, diciendo: *Bienaventurado aquel a quien se le ha perdonado su pecado, a quien se le ha remitido su iniquidad*. Pero dirás: ¿Dice acaso más el recibir el perdón no como deuda, sino como gracia? Pues he ahí que a ése precisamente llama dichoso; y no lo proclamaría tal si no viera que goza de grande gloria.

Y no dice: Este perdón se da a la circuncisión, sino ¿qué? *Este pregón de bienaventuranza, ¿recae sólo sobre la circuncisión, o también sobre el prepucio?* (9). Pues pregunta luego si este bien tan grande se hermana y florece con la circuncisión sola, o también con el

prepucio. Y mira la hipérbole con que contesta; pues demuestra que no sólo no riñe con el prepucio, sino que se hermana y vive muy gustoso con él antes de la circuncisión. Puesto que el que proclama bienaventurado a cualquiera que ha recibido el perdón de sus iniquidades y pecados, era un circuncidado, era David, que discurría como circuncidado, y hablando mira a circuncidados; mira el sumo empeño e interés con que Pablo ha procurado llevar el agua a su molino, atribuyendo el dicho davídico al prepuciado o incircunciso. Pues habiendo juntado la bienaventuranza con la justicia, y demostrado que eran una misma cosa, pregunta cómo fue justificado Abraham. Porque si la bienaventuranza es propia del justo y Abraham fue justificado, veamos cuándo fue justificado, veamos cómo fue justificado, cuándo tenía aún el prepucio o cuándo estaba ya circuncidado. Cuando tenía aún el prepucio, responde (10). *¿Cómo se le computó, pues, la justicia? ¿Circunciso o prepuciado? No circunciso, sino prepuciado;* pues decimos que a Abraham se le imputó su fe a justicia. Antes (4, 3), hablando con la Escritura, dijo: *Porque ¿qué dice la Escritura? Creyó Abraham a Dios y se le tuvo en cuenta para la justicia;* así, echando mano del juicio y parecer de los mismos objetantes, demuestra que ya en tiempos de los incircuncisos, antes que hubiese circuncisión, hubo justicia.

Resuelve luego una objeción que de lo dicho se deduce; porque si el que era prepuciado o incircunciso obtuvo la justificación, ¿asunto a qué se introdujo ésta? —Y responde: *Y recibió la circuncisión por señal, como sello de la justicia que tenía antes de ser circuncidado* (11). ¿Has visto cómo demuestra que los judíos fueron como una colonia de parásitos que vino a invadir el árbol de los prepuciados o incircuncisos? Porque si Abraham fue justificado y coronado siendo aún prepuciado o incircunciso, y después recibió la circuncisión, los judíos entraron ciertamente después. Luego Abraham es primeramente padre de los prepuciados o incircuncisos; es decir, de los que, por la fe, fueren parientes o consanguíneos suyos; y luego después de los circuncisos que con él tuvieren ese mismo parentesco de la fe. Porque dos paternidades ostenta el patriarca. ¿Ves cómo brilla y resplandece la fe? Porque hasta que vino ella no recibió Abraham la justicia. Mira cómo el prepucio no causa impedimento alguno; porque prepuciado era Abraham y nada le impidió esto para ser justificado; luego la circuncisión es posterior a la fe.

3. Y ¿por qué te extrañas de que sea posterior a la fe, cuando es también posterior al prepucio? Mas no solamente es posterior a la fe, sino muy inferior a ella, tanto cuanto lo es el signo a lo significado, verbigracia, como lo es al soldado la insignia militar que ostenta.

Pero dirás: ¿Qué necesidad tenía de esa señal? –Ninguna. Pues entonces, ¿por qué la recibió? –*Para que fuese padre común de todos los creyentes no circuncidados y de los circuncidados*; mas no de los meramente circuncidados, que por eso añadió: *De aquellos que no solamente traen origen de la circuncisión* (11, 12). Porque si es padre de los incircuncisos, no por ser él uno de ellos, aunque siéndolo aún fue él justificado, sino por su gran fe, que ellos emularon, mucho menos será padre de los circuncisos, si la fe les faltare. Recibió, dice, la circuncisión para que le tengamos por padre unos y otros, y los prepuciados no desechen a los circuncisos. ¿No ves cómo los primeros que le tuvieron por padre fueron los incircuncisos? Y si tan digna es de respeto la circuncisión como señal de la justicia, no es pequeña la prerrogativa del prepucio por haber recibido antes que la circuncisión esa justicia. Sólo podrás blasonar de tenerle por padre cuando sigas las huellas de la fe y te dejes de contiendas y alborotos, pretendiendo introducir la ley.

Mas ¿de qué fe me hablas? *De la que hubo en la incircuncisión*. De nuevo humilla el fausto y arrogancia del judío, recordándole la época de la justicia; y dijo muy bien *las huellas*, para que como él creas tú también en la resurrección de los muertos, pues él creyó firmemente este artículo. Si rechazas, pues, el prepucio, sábetete que la circuncisión nada te aprovecha. Pues si no sigues las huellas de la fe, aunque mil veces te circuncides, no serás hijo de Abraham; pues él recibió la circuncisión a fin de que los incircuncisos no te desdeñaran y rechazaran. Y no intentes fiscalizarle en este punto, porque este hecho (de la circuncisión) en auxilio tuyo fue, no de él. *Mas aquello*, dice, *fue una señal de la justicia*. También esto fue en favor suyo, que ahora ya ni eso es, porque tú entonces necesitabas de señales corporales, que hoy son ya innecesarias.

Pero dirás: ¿No podía acaso conocerse la virtud de su alma por la fe? Sí podía; pero también necesitabas tú de este adminículo. Porque como no emulaste la virtud de su alma, ni pudiste verla, se te dio la circuncisión sensible, para que, después de haberte amaestrado en este ejercicio corporal, fueses poco a poco guiado a la sabiduría y perfec-

ción del alma, y, una vez recibida aquélla, como una dignidad excelsa, aprendieses a venerar e imitar a tu progenitor. Y esto lo ordenó y dispuso Dios así no sólo en la circuncisión, sino en todos los demás institutos, como en los sacrificios, en los sábados y en las fiestas.

Pues que él recibió la circuncisión por causa tuya, óyelo en lo que sigue. Porque habiendo dicho que recibió la circuncisión como señal y sello, añade la razón diciendo: *A fin de que fuese padre de la circuncisión* para los que abrazaran la espiritual; pues si sólo tuvieses la corporal, nada consigues más que esa herida del cuerpo. Porque sólo entonces es signo, cuando se halla en ti la cosa significada por ella, que es la fe; de tal modo, que si ésta te falta, no podrá hacer su oficio de signo, no será signo en modo alguno. Pues ¿de qué sería entonces signo, de qué sería sello, no habiendo qué señalar ni sellar? Sería como si te dieran una bolsa vacía bien cerrada y sellada: por tanto si en el corazón no hay fe, la circuncisión es cosa vana, ridícula y despreciable. Porque siendo señal de la justicia, si no hay justicia, ¿qué señal puede haber de ella? Para eso recibiste el signo, para que procurases adquirir la cosa por él significada; pues ¿qué necesidad tenías de buscar signo y sello, si no tienes nada que sellar con él?

La circuncisión, pues, nos está predicando la justicia; pero ¿cuál? —Una justicia que puede hallarse y se halla en los incircuncisos. Por tanto, en último término, ¿qué viene a predicarnos la circuncisión, sino que no tenemos necesidad alguna de ella?

Porque si los hijos de la ley son los herederos, anulada queda la fe y abolida la promesa (14). Demuestra que la fe es necesaria, anterior a la circuncisión y más fuerte que la ley, hasta el punto que de aquélla recibe ésta su estabilidad y firmeza. Porque si todos han pecado, es necesaria; si el que era incircunciso alcanzó la justicia, es más antigua que la circuncisión; si de la ley viene el conocimiento del pecado, y sin la ley tuvo la fe y la justicia brillantísima manifestación, es más fuerte que la ley; y si el testimonio mismo de la ley la abona, y ella robustece a la ley, no es enemiga de ella, sino compañera y amiga.

Declara además, por otra parte, que por la ley era imposible conseguir la herencia: comparóla primero con la circuncisión, y se llevó la palma; opónela ahora a la ley, y dice: *Si los hijos de la ley son los herederos, resulta vana la fe*. Pues para que nadie instase diciendo que pueden muy bien hermanarse la fe y la ley, observando ésta y

teniendo aquélla, demuestra que eso es imposible. Porque el que se aferra a la ley como salvadora, ése hace injuria a la fuerza y virtud de la fe. Por eso dice: *Aniquilada queda la fe*; esto es, no tenemos necesidad de salvarnos por la gracia, y queda abrogada la promesa. Pues podría decir el judío: ¿Qué necesidad tengo yo de la fe? Y si esto es verdad, junto con la fe desaparece todo lo concerniente a la promesa.

4. Mira cómo lucha sin cesar con ellos, comenzando desde el primer principio del asunto, desde el patriarca mismo. Pues habiendo demostrado ya desde allí que la justicia es compañera inseparable de la fe, demuestra lo mismo de la promesa, de la cual quedó instituida única heredera. Y para que no diga el judío: ¿Qué me importa a mí que Abraham haya sido justificado por la fe?, dice Pablo: Ni lo que a ti más te interesa, que es la promesa, puede llegar a efecto sin la fe. Lo cual los turba y aterroriza sobre manera. ¿Qué promesa?, dirás. –El ser heredero del mundo entero, y que en él sean benditas todas las generaciones. Y ¿cómo, dirás, quedó anulada esta promesa? –Y responde: *Porque la ley produce ira; pues donde no hay ley, tampoco hay transgresión* (15). Si, pues, la ley trae consigo la transgresión y la ira, es evidente que también la maldición; y los que gimen bajo el peso de la maldición, de la transgresión y del suplicio, no son, por cierto, dignos de recibir la herencia, sino de ser arrojados y castigados.

Y ¿qué remedio? –Viene la fe, granjea y trae la gracia, y así se realiza la promesa. Porque donde hay gracia hay perdón; donde hay perdón no hay suplicio; y echado éste e introducida por la fe la justicia, nada impide que seamos herederos de la promesa que se nos da por la fe. *La promesa, por tanto, viene de la fe, para que, en virtud de la gracia, sea firme la promesa hecha a toda la descendencia, y no sólo a los que han recibido la ley, sino también a todos aquellos que siguen la fe de Abraham, padre de todos nosotros* (16). ¿Ves cómo la fe no sólo fortalece a la ley, sino que no deja perecer la promesa de Dios; y, al contrario, la ley, observada fuera de tiempo, anula la fe e impide la promesa?

Necesidad de la fe. Con esto prueba que la fe, lejos de ser cosa inútil y superflua, es absolutamente necesaria para salvarse. Pues la ley engendra la ira, porque todos la han quebrantado, mientras que la

fe ni siquiera permite que se suscite la ira. *Porque de lo que no hay ley, tampoco hay transgresión.* ¿Ves como no sólo borra y destruye el pecado cometido, sino que impide que se cometa? Por eso dice: *En virtud de la gracia.* ¿Por qué causa? –No solamente para evitarnos el sonrojo, sino *para que sea firme la promesa hechas a toda la prosapia.* Dos cosas pone aquí: que los bienes que se dan son firmes y estables, y que son universales, es decir, para toda la descendencia; recogiendo a los venidos de la gentilidad y demostrando que quedan excluidos los judíos si, al oír el nombre de fe, mueven altercados y contiendas. Porque más firme es esto que aquello; déjate de altercados, que la fe no te trae perjuicio alguno, sino que viene a librarte del peligro en que la ley te puso.

Luego, después de decir *A toda la prosapia*, determina y precisa a cuál: *A todos los que siguen la fe*; asociando y uniendo el parentesco de los gentiles (con Abraham) y demostrando que no pueden ufanarse de ser linaje de Abraham los que en la fe no le imiten. Y he aquí una tercera prerrogativa de la fe, que, declarado ya y puntualizado más y más quiénes son los genuinos parientes del justo Abraham, lo hace padre de más numerosa descendencia. Por eso no dijo de Abraham, sino del *padre de nosotros los creyentes.*

Luego, sellando su afirmación con un testimonio, añadió: *Según está escrito: “Te he puesto por padre de muchas naciones”* (Gen., 17, 4). ¿Ves cómo todo esto estaba ya dispuesto y ordenado desde el principio? Pero dirá alguno: ¿Y si eso hay que entenderlo de los Ismaelitas, Amalecitas o Agarenos? –Más adelante demuestra que no puede entenderse de ellos; pero entre tanto pasa veloz a otra cosa, por la cual, al mismo tiempo, declara también esto, determinando el modo y naturaleza de este parentesco y designándolo con gran exactitud y perspicacia. Porque ¿qué es lo que dice? –(Que es padre de muchas naciones.) *Ante el acatamiento* y a ejemplo de *Aquel en quien creyó.* Lo que dice es esto: Así como Dios no es Dios de uno u otro, de uno u otro país, sino padre común de todos, así también él; y también: Así como Dios es padre no según el parentesco natural, sino por unión de fe, así también él; porque la obediencia le hizo padre y progenitor de todos nosotros. Pues como ellos menospreciaban este parentesco, y se aferraban a aquel otro más bajo y grosero, les demuestra que éste es más excelente, llevando el discurso al mismo Dios y declarando, de paso, que consiguió de Dios esta recompensa por su fe. Que si no

fuera por esto, aunque hubiera sido progenitor de todos los habitantes del globo, no habría tenido lugar aquella palabra: *Ante el acatamiento de Dios* y a ejemplo suyo, sino que sería manco y menguado el don de Dios. Porque aquel *ante Dios* significa “de un modo semejante al parentesco de Dios”. Porque ¿qué hubiera tenido de singular y extraño que le llamaran padre de los hijos que engendró? Esto es cosa vulgar y de todos; lo maravilloso y estupendo es que recibiera de Dios por hijos los que no lo eran por naturaleza.

5. Si quieres, pues, creer que honró Dios al Patriarca, cree que le hizo padre de todos. Después de decir: *Ante el acatamiento de Dios, a quien creyó*, no se paró ahí, sino que añadió *que da vida a los muertos, y llama lo que es, lo mismo que lo no que no es*, como echando ya aquí los cimientos y preparando el terreno para tratar de la resurrección, cosa que hacía mucho a su intento. Pues si puede resucitar los muertos y producir lo que no existe, como conservar lo existente, también puede hacer hijos suyos a los que no han nacido de él; por lo cual no dijo: el que produce lo que no existe, sino *el que llama*, dando a entender su gran facilidad. Pues así como a nosotros nos es fácil llamar a los que existen, así, y mucho más, le es a él fácil traer a la existencia lo que no existe.

Después de haber dicho que el don de Dios era inmenso e inefable, y haber tratado de su infinito poder, demuestra que la fe de Abraham fue digna de tan gran don, no fueran a creer que le honró sin motivo. Luego llama la atención del oyente para que no se turbe; y por si objeta el judío: ¿Cómo es posible que se hagan hijos suyos los que no lo son?, traslada el discurso al Patriarca, y dice: *El cual creyó contra toda esperanza, estribando en la esperanza de que sería padre de numerosas naciones, según se le había dicho: “Así será tu posteridad”* (18) (Gen., 15, 5).

Cómo creyó Abraham en la esperanza contra toda esperanza.
¿Cómo creyó en la esperanza contra la esperanza?— En la esperanza divina contra la esperanza humana. En lo cual nos manifiesta la maravillosa grandeza y dificultad del negocio, y se resiste valeroso a negar su fe a la palabra divina, concordando con su firme fe cosas entre sí tan contrarias.

Si se tratara de los Ismaelitas, serían superfluas estas palabras, pues ellos no fueron hijos según la fe, sino según la naturaleza. Pero

además, trae al mismo Isaac, pues no prestó a Dios su asentimiento y su fe por aquéllos, sino por este que le había de nacer de la estéril. Si pues el hacerle Dios padre de tan numerosas naciones es premio y galardón, debe entenderse de aquellos que fueron hijos suyos según la fe.

Y para que veas que habla de ellos, oye lo que sigue: *Y no flaqueó en la fe al considerar su cuerpo sin vigor, pues era casi centenario y estaba amortiguado el seno de Sara* (19). ¿Ves cómo amontona impedimentos y los vence y supera todo el excelso ánimo del justo? Fuera de toda esperanza, dice, era lo prometido. Este es el primer impedimento; pues no había tenido él otro Abraham a quien viera tener hijos en semejantes circunstancias, porque sus descendientes pudieran mirarse en su ejemplo; mas él no pudo mirar a nadie, sino a sólo Dios; y por eso dijo: *Fuera de toda esperanza*. Luego: *Su cuerpo amortecido*; éste es el segundo; y *el seno amortiguado de Sara*; éste es el tercero y el cuarto...

Empero ante la promesa de Dios no vaciló con incredulidad (20). A pesar de que no le dio Dios demostración alguna, ni hizo ningún milagro, sino que no hubo más que sencillas palabras, que prometían cosas que la Naturaleza no podía dar. Sin embargo, *no titubeó*, dice. No dice no rehusó creer, sino *no vaciló*: esto es, no dudó, a pesar de estar viendo tantos y tan insuperables impedimentos. Esto nos enseña que cuando Dios promete cosas imposibles, y el que oye no cree en las promesas, esa flaqueza, ese desconfiar de la promesa divina, no nace de la naturaleza de las cosas, sino de la insensatez del incrédulo y desconfiado.

Sino que cobró vigor con la fe. Admira aquí la sabiduría de Pablo; pues como estaba comparando las obras con la fe, hace ver que el que cree hace en esto a Dios mayor obsequio que el otro, pues necesita de mayor valor y fortaleza y tiene que soportar un trabajo de ningún modo vulgar y despreciable. Porque como los judíos menospreciaban y rebajaban la fe, como cosa que no cuesta trabajo, opónese él a esto como fuerte muro, demostrando que no tiene sólo mérito el que guarda templanza u otras virtudes semejantes, sino que también el que da oídos a Dios y presta fe a sus palabras necesita muy grande virtud y fortaleza. Pues así como aquél necesita valor para resistir a los asaltos de la intemperancia y la lascivia, así también éste necesita de un ánimo valiente y generoso para resistir y rechazar los pensamientos de incredulidad y de infidencia.

¿Cómo se hizo, pues, robusto y vigoroso? –Encomendando su resolución a la fe, y no a las ideas y razonamientos asaltantes; pues si tal hiciera, hubiera caído y desmayado. Y ¿cómo creyó? –*Dando gloria a Dios*, dice, y *firmemente persuadido de que Dios era poderoso para cumplir lo que había prometido* (21). Esto mismo, pues, de no indagar curiosamente es glorificar a Dios, así como el indagar curiosos es ofenderle y pecar. Y si siempre que inquirimos e indagamos demasiado estas cosas pequeñas dejamos de glorificar a Dios y faltamos, con mucha mayor razón seremos gravísimamente castigados, si osamos escudriñar curiosamente la generación del Verbo, como injuriadores de su majestad. Porque si no es lícito indagar curiosos el modo y manera de la resurrección, mucho menos aquellos altísimos y venerandos misterios.

Y es muy de notar que no dijo *creyendo*, sino *sabiendo plenísimamente*, pues esta fe es más evidente y persuasiva que una demostración por silogismos, y no hay razón ni argumento alguno que pueda hacerla vacilar en los más mínimo. Porque aquel a quien convencieron con discursos y argumentos, puede mudar su sentir; mas aquel a quien afianzó la fe, cercó su oído de fuertes muros e inexpugnables fortificaciones contra esos pestíferos racionios y argumentos.

Con decir, pues, que fue justificado dio a entender que glorificó a Dios grandemente, cosa que suele hacer la buena y santa vida; pues dijo el Señor: *Brille vuestra luz de tal manera ante los hombres, que viendo vuestras buenas obras, glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos* (Mt., 5, 16). Queda, pues, claro y manifiesto que así se cumple y verifica en la fe. Además, como las obras exigen virtud robusta, así también la fe. Pues allí ayuda también el cuerpo con sus trabajos y sudores; esto otro, por el contrario, es obra exclusiva del alma; de tal manera que se acrecienta el trabajo, pues no se cuenta con el auxilio del cuerpo.

6. Maravilloso poder de la fe. ¿Ves cómo prueba evidentemente que todo el mérito y ventajas de las obras se hallan con más exuberancia en la fe; verbigracia: el complacerse y gloriarse en Dios, el exigir gran trabajo, valor y fortaleza, y el dar también a Dios grandísima gloria?

Con aquellas palabras: *El que prometió es poderoso para cumplir lo prometido*, me parece a mí que predice también algo futuro; porque

no prometió sólo las cosas presentes, sino también las venideras, pues aquéllas eran tipo y figura de éstas.

El no creer, pues, es de entendimientos débiles, apocados y enclenques. Si hay pues hombres que osen echarnos en cara nuestra fe y nuestras creencias, reprochémosles nosotros a ellos su incredulidad como a gente apocada y miserable, necia y flaca, y que en nada excede a los despreciables y torpes jumentos. Pues así como el creer es de almas grandes y sublimes, así el no creer es de almas irracionales y vilísimas, rebajadas y reducidas a la insensatez de los jumentos.

Por tanto, dejando a esos hombres despreciables, imitemos al glorioso Patriarca, glorificando a Dios como él lo hizo. Y ¿qué quiere decir que dio gloria a Dios? Que pensó y consideró su justicia, su inmenso poder; y formándose de El elevadísimo concepto, alcanzó incommovible convicción y seguridad de sus promesas.

EXHORTACION

Glorifiquémosle, pues, también nosotros por la fe y por las obras, para que seamos también glorificados por El con el galardón de la eterna gloria; porque El dijo: *A todo el que me glorificare, glorificaré Yo también* (1 Reg., 2, 30). Aunque, dado que no hubiera Dios ofrecido galardón alguno, todavía, el sólo dignarse El admitir nuestros obsequios y permitirnos glorificarle, sería ya grande gloria. Porque si los panegiristas y encomiadores de los príncipes por el mero hecho de serlo, reciben grande honra, aunque no logren otras distinciones y premios, considera cuán grande gloria será que sea el Señor glorificado por causa nuestra; y al contrario, cuán grandes suplicios merecemos si, por nuestra causa, es El deshonrado y blasfemado. Y advierte que, aunque El desea que le glorifiquemos, no pretende con eso el provecho y dicha propia, sino la nuestra, que El ninguna necesidad tiene de nuestras glorificaciones.

Porque ¿cuánta crees que es la diferencia que va de Dios a los hombres? ¿Acaso la que va del hombre al gusano? Eso es nada; es absolutamente incomprendible e inefable. ¿Desearías acaso tú ser muy alabado de un gusano? Sin duda que no. Pues si tú, que tan amante eres y tan ambicioso de gloria, no desearas tales alabanzas, El, que está libre y exento de semejantes pasiones y tan por encima de todas

esas debilidades, ¿cómo va a necesitar de tu glorificación y alabanza? Sin embargo, aunque ninguna necesidad tiene de ella, dice que la desea por tu bien. Porque si por amor de ti se dignó hacerse siervo, ¿por qué te maravillas de que por la misma causa tome tus miserias y se abraze con toda clase de sufrimientos y trabajo? Nada juzga indigno de Sí con tal que conduzca a nuestra salvación y perfección.

Sabiendo, pues, esto, huyamos de todo pecado, pues lo injuria y deshonra. Ya dijo el sabio: *Como de la serpiente huye del pecado; porque si te acercas, te morderá* (Eccli., 21, 2); pues no viene él en busca nuestra, sino que somos nosotros los que voluntariamente vamos a él. Que así lo dispuso Dios nuestro Señor, a fin de que no nos redujese el diablo a su tiránico imperio; de otro modo, nadie hubiera podido resistirle. Por eso lo lanzó del mundo y lo relegó a sus horribles antros, como a ladrón, salteador y tirano; y no se atreve a asaltar-nos si no nos ve en sus cavernas y escondrijos, desnudos e inermes; si no nos ve errantes por el desierto, no osa acercarse; y ese desierto morada del diablo, es el pecado. Necesario es, pues, abrazar el broquel de la fe, y la espada del espíritu, y protegernos con el yelmo de la salud (Ef., 6, 16), no sólo para no ser heridos de él, sino para aplastar la cabeza de esa infernal serpiente, que no cesa en sus asechanzas. También nos son muy necesarias las frecuentes plegarias para hollar su cabeza, pues es muy desvergonzado e impuro, y, aunque pelea con desventaja y desde la parte inferior del campo, no obstante, aun así, sale vencedor muchas veces. Y el motivo es que tenemos poco empeño en tomar posiciones altas e inaccesibles a sus golpes, pues él no es capaz de empinarse y subir a lo alto, sino que se arrastra por lo bajo, como la serpiente (Gen., 3), que es su figura. Y si así lo ordenó Dios desde el principio, mucho más ahora.

Mas por si no sabes qué cosa es luchar desde un sitio inferior y desventajoso, procuraré explicarte la táctica de esta guerra. ¿Qué cosa es, pues, luchar desde un sitio desventajoso e inferior? Desde las cosas de aquí abajo: desde las riquezas, desde las delicias, desde todas las vanidades y pompas del siglo. Por eso, en cuanto ve a uno que levanta el vuelo hacia el cielo, abandona su persecución, porque no puede dirigir allá sus asaltos; y si lo intentare, pronto caerá, pues no tiene pies ni piernas; no temas, carece de alas; fuera miedos: sobre la tierra se arrastra, y sobre las cosas terrenales.

No tengas, pues, cosa común con la tierra, y ahorrarás luchas y

trabajos. El ignora la guerra ofensiva, y, como serpiente, se esconde entre las espinas, y se oculta frecuentemente entre los engaños y falacias de las riquezas. Si destruyes las espinas, huirá al punto, cobarde y medroso. Y si sabes usar contra él los divinos talismanes, al instante cae herido. Porque tenemos unos espirituales encantamientos, que son el nombre de Nuestro Señor Jesucristo y el poder de la Cruz. Encantación es ésta que no sólo arroja al dragón de su escondrijo y lo lanza al fuego, sino que cura, además, nuestras heridas.

7. Y si muchos, invocando esos nombres, no sanan, eso es por su poca fe, no por falta de poder en tan augustos nombres. Pues también a Jesús mismo le empujaban y apretaban (Mc., 5, 31), sin provecho ni ganancia alguna; y, sin embargo, la hemorroisa que llevaba doce años padeciendo flujo de sangre, sin tocarle siquiera el cuerpo, con sólo tocar la orla de su vestidura, vio restañados los viejos manantiales (Mc., 5, 29). Terrible es este nombre a los demonios, a las pasiones y a las enfermedades. Armémonos, pues, y fortifiquémonos con él. Así se agigantó Pablo, aunque cortado de la misma cantera (Is., 51, 1) que nosotros, porque la fe lo cambió y le hizo otro hombre; y era tan grande su poder, que hasta sus vestidos y sus prendas gozaban de insigne virtud (Act., 19, 12). ¿Qué perdón merecemos, pues, nosotros si, mientras sus vestidos y su misma sombra (Act., 5, 15, 16) fugaban las enfermedades y la muerte, ni a refrenar las pasiones alcanzan nuestras oraciones y plegarias? Y ¿cuál es la causa de esta diferencia? La gran diferencia de las almas, aunque en cuanto a las dotes naturales, iguales y comunes son, pues del mismo modo que nosotros nació él y creció, y la misma tierra habitó y el mismo aire respiró; mas en él había otras sobrenaturales dotes, mejores y mucho más excelentes que las nuestras, de fe, caridad y ardiente celo. Imitémosle, pues; procuremos que por nosotros, por nuestra boca y nuestra conducta hable Cristo; sobre manera lo desea El de nosotros, y para eso ordenó El, dispuso y preparó este instrumento, que no quiere que permanezca ocioso, sino manejarlo sin cesar. ¿Por qué, pues, no procuras tenerlo siempre preparado, bien templado y dispuesto para ser manejado por el supremo artífice, sino que le dejas flojas las cuerdas, reblandeciéndolas con los placeres y deleites, e inutilizando así la cítara entera, cuando era preciso herir sus cuerdas y acompañar el canto con espirituales melodías? Porque si la viere Cristo bien templada y preparada, la manejará y tocará por medio de nuestra alma, y

entonces verás danzar a los ángeles, a los arcángeles y a los querubines. Hagámonos, pues, dignos de ser manejados por aquellas puras y divinas manos, y roguémosle que toque también nuestro corazón, aunque no necesita que se lo supliquemos; hazlo tú digno de ser tocado por sus manos, y El sólo se vendrá a ti antes que se lo supliques. Pues si sale al encuentro de los perezosos, tardíos e indispuestos (pues de Pablo ya antes que lo fuera cantó el encomio), con el que encuentre preparado, ¿qué no hará? Y si resuena la voz de Cristo, pronto acudirá también su Santo Espíritu, y seremos mejores y más excelentes y venturosos que el mismo cielo; no por tener impreso en nuestro cuerpo el sol, la luna y las estrellas, sino por tener al Señor de los ángeles por morador de nuestra alma.

La caridad es preferible a todas las señales y portentos. Digo esto, no para induciros a que os dediquéis a resucitar muertos y curar leprosos, sino para que hagáis otros mayores portentos, practicando la caridad de unos con otros. A dondequiera que se realizare este gran bien, esta unión santa de corazones, viene luego al punto el Hijo con el Padre y el Espíritu Santo. Porque dice: *En dondequiera que haya dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos* (Mt., 18, 20). Lo cual es señal de grande afecto, pues el amor tiende a la unión de los amantes.

Pero dirás: ¿Quién hay tan descuidado y desaconsejado que no quiera tener consigo a Cristo? —Pues nosotros, con nuestras mutuas desavenencias y rencillas. Tal vez habrá alguno que se ría de mí, diciendo: ¡Qué necedades nos predicas! Estás viéndonos reunidos dentro de unos mismos muros, cobijados por el mismo techo, dentro de las paredes de un mismo templo, todos en el mismo redil y bajo un mismo pastor, con suma concordia, sin pugnas, sin guerras ni facciones algunas; escuchando, cantando y orando todos juntos, y ¿te pones a hablarnos de pugnas y sediciones? —Sí, pugnas digo, y no he perdido el juicio. Estoy viendo todo eso que dices; estoy viéndoos a todos reunidos en la misma iglesia, juntamente con nuestro pastor, y ésta es precisamente la principal causa de mis llantos y lamentos; y ¿por qué? Porque habiendo tantos motivos que nos fuerzan a guardar la unión de corazones y el mutuo amor y caridad de unos con otros, no hay entre nosotros más que sediciones y guerras intestinas. Mas ¿qué sediciones estás viendo aquí?, dirá alguno—. Aquí, ninguna. Pero que acabe el

sermón, y veréis a unos acriminar a otros, desgarrando abiertamente su fama; uno es envidioso; otro, avaro y rapaz; otro, iracundo y violento; otro, lascivo e injuriador de ajeno lecho, y otro, urdidor de cien y cien engaños. ¡Ah, si pudieran descubrirse nuestras almas! Entonces veríais bien claro todo esto, y confesaríais que no estoy loco cuando afirmo tales cosas.

8. ¿No habéis visto lo que sucede en los ejércitos en tiempo de tregua y armisticio? ¿cómo deponen todas las armas, y así desarmados, van al campamento contrario? Mas luego que vuelven a tomar las armas y se ponen centinelas y vigías, se pasan las noches en vela, y se encienden hogueras indicadoras, todas éstas son ya señales, no de paz, sino de guerra. Pues esto mismo sucede entre nosotros; también nosotros nos guardamos y precavemos unos de otros; hablamos a uno al oído, y al ver venir a otro, luego callamos, luego suprimimos y quitamos de en medio todo indicio; no es esto de personas que se fían unas de otras, sino de quienes mutuamente desconfían y guardan entre sí mil precauciones.

Bien, dirás; pero eso lo hacemos, no por injuriar a nadie, sino para que no nos injurien a nosotros—. Eso precisamente es lo que yo lamento, que, viviendo entre hermanos, tengamos necesidad de guardarnos unos de otros para no recibir daño, y encender tantos fuegos y poner tantos vigías y atalayas.

Y la causa de esto es la continua insinceridad y mentira, los dolos y fraudes, la caridad del todo desterrada de entre los cristianos y la implacable mutua guerra; de tal manera que hay muchos que se fían más de los infieles que de los cristianos.

¿No es esto una gran vergüenza? ¿No es cosa digna de lamentarse y llorarse con lágrimas de sangre? — Y ¿qué he de hacer?, me dirás; fulano es un hombre ineducado y áspero; es un mal hombre—. Y ¿qué se ha hecho de tu sabiduría y cristiandad? ¿Qué de los preceptos apostólicos, que mandan nos ayudemos mutuamente a llevar las cargas? (Gal., 6, 2). Pues si con tu hermano no sabes entenderte, ¿cómo podrás atraerte y ganarte al extraño?

¿Qué hacer, pues? Lágrimas me arrancan el sentimiento y la amargura; arroyos corren de mis ojos, como decía el profeta, al ver este campo de mil fratricidas guerras, cien veces más graves que las que nos hacen los extraños. *¡Ay mis entrañas, ay mis entrañas! Desfallezco, el corazón se me rompe, transido de dolor, y no puedo callar. Ya*

oigo los clarines guerreros, el estrépito de la batalla; ya anuncian desastre sobre desastre. Toda la tierra devastada (Is., 6, 19, 20); mas esta desgracia nuestra es más grave y lamentable; yo los veo en las mismas filas, bajo la conducta del mismo caudillo; y luego se levantan unos contra otros, se muerden, se despedazan mutuamente sus miembros: unos, por vil interés; otros, por la honra vana, y otros, sin causa ni motivo alguno. Se mofan, se zahieren y se causan unos a otros mil mortales heridas; muertos caen y más destrozados que los que fenecen en la guerra. Y ¿qué se ha hecho del nombre de “hermano”? Vano es ya y completamente vacío de sentido. Nadie hay capaz de llorar dignamente tal tragedia.

Respetad, respetad por Dios esta mesa, de que somos todos partícipes. Mirad ahí a Cristo muerto por nosotros, víctima sacrosanta ofrecida al Padre por nuestra salud. Los piratas y forajidos dejan de ser salteadores y ladrones para con los compañeros que se sientan con ellos a una mesa; ésta los hace, de tigres, corderos. ¿Y nosotros, que de tal mesa participamos, tomamos las armas unos contra otros, cuando deberíamos alzarnos como un solo hombre contra el demonio, enemigo jurado de nuestra naturaleza? De aquí es que su fuerza y osadía crece, y mengua y flaquea más y más la nuestra. No guerreemos juntos contra él, sino con él y por él contra nuestros hermanos; bajo las banderas de ese perversísimo caudillo luchamos, en vez de atacarle todos juntos a él.

Mas ahora, dejadas ya esas filas, ¿contra quién volvemos nuestros dardos?— contra nuestros propios hermanos. —Mas ¿de qué dardos hablas? —De los que parten de la boca y de la lengua. No son sólo los dardos y saetas las que causan mortales heridas, sino que también traspasan el corazón las palabras acerbas y punzantes.

Y ¿cómo podremos poner fin a esta cruel y fratricida guerra? — Pensando bien y considerando que cuando hablas contra tu hermano arrojas lodo de tu boca; pensando que ultrajas y ofendes a un miembro de Cristo, que roes y desgarras tus propias carnes, que haces para ti más acerbo aquel tribunal incorruptible y horrendo; que el dardo que tú lanzas no hiere y mata a aquel contra quien lo asestas, sino a ti mismo.

Pero él me ha injuriado y deshonrado—. Gime, pues; pero no hables mal; llora, no por la injuria recibida, sino por la perdición de aquella alma, como tu Señor lloró a Judas, no por la terrible cruz que

padeció, sino por el crimen y perdición del traidor. ¿Que te ha ultrajado y deshonrado?— Pide a Dios que cuanto antes le perdone. Hermano tuyo es, nacido de un mismo parto, miembro tuyo y comensal contigo. —Mas él me insulta más y más—. Mayor y más espléndida corona alcanzarás. Por eso principalmente es preciso deponer la ira, porque tu hermano ha recibido del demonio mortal llaga.

9. No le hieras, pues, también tú, traspasándote a ti más que a él. Mientras estás en pie puedes salvarle a él; mas si, volviendo mal por mal e injuria por injuria te arruinas tú a ti mismo también y te destruyes, ¿quién os levantará luego a los dos? ¿El, que está herido? —Mas no podrás, postrado como está por tierra. ¿Tú, que has caído juntamente con él?— Y ¿cómo? Si no puedes valerte a ti, ¿cómo podrás alzarle a él?— Lucha pues generoso y, embrazando el escudo de la paciencia, retira del campo el cadáver de tu hermano. ¿Le traspasó el dardo de la ira?— No añadas llagas a llagas, sino sácale el dardo que le aflige. Si así nos curamos mutuamente, pronto estaremos todos sanos; mas si nos armamos unos contra otros, ya no habrá necesidad de diablos para nuestra ruina. Porque toda guerra es perniciosa; mas sobre todo la intestina. Y esta guerra es peor aún que las guerras intestinas, cuanto son más altos y nobles los intereses y derechos que aquí se juegan.

Mató en otro tiempo Caín a Abel, su hermano, derramando la fraterna sangre. Pero esta guerra es aún más inicua, cuanto es más alto el parentesco y la muerte más grave y terrible. Pues aquél traspasó su cuerpo, tú afilas tu espada contra el alma. ¿Que has sido tú el primero en padecer la injuria?— No el que la padece, sino el que la hace es el que recibe el verdadero daño. Atiende bien y considera. ¿Quién fue el degollado? —Abel. —¿Quién el fraticida? —Caín. Y ¿cuál de los dos resultó muerto? ¿El que seguía clamando después de muerto, pues dice: *La voz de la sangre de tu hermano clama a mí* (Gen., 4, 10), o el que, vivo, temía y temblaba?— Este, cierto, éste era más desgraciado que todos los muertos. ¿No ves cómo vale más recibir la injuria que inferirla, aunque sea la misma muerte? Aprende cómo es peor el injuriar, aunque logres postrar y matar a tu adversario. Hirió y mató aquél a su hermano; mas éste recibió las coronas, y aquél el castigo. Contra todo derecho fue degollado y muerto Abel; mas él muriendo acusaba, castigaba y mataba; mientras que el que quedó vivo enmudecía, andaba avergonzado y era conducido al suplicio como reo, saliéndole las cuentas muy al revés de lo que pretendía. Pues él le mataba

por verle preferido de Dios, esperando así desbancarlo del divino afecto, y sólo consiguió aumentar el amor de Dios al difunto; más aún lo quería y buscaba Dios, diciendo: *Caín, ¿dónde está tu hermano Abel?* (Gen., 4, 9). No lograste extinguir el amor con la envidia, sino que más bien lo atizaste y encendiste; no le amenguaste el honor con la muerte, sino que se lo aumentaste. Pues antes lo había Dios sujetado a ti; mas después que le mataste, aun muerto, se vengará de ti. ¡Tanto es el amor que Yo le tengo! ¿Quién es pues condenado como reo, el que impone el suplicio, o el que lo sufre? ¿El que consiguió de Dios tan alto honor, o el que fue condenado y entregado a un nuevo e insospechado suplicio?— Vivo, dice, no le temiste; témele, pues, muerto. ¿No tuviste horror a traspasarle con tu arma fratricida? Horror perpetuo y temblor continuo te afligirá siempre por haber derramado su sangre. Mientras vivió era siervo tuyo; ya es y será siempre para ti un señor tremendo.

Pensada, pues y consideradas estas cosas, amadísimos hermanos, huyamos de la envidia, luchemos contra todos los vicios y pasiones y ejercitemos solícitos siempre la fraterna caridad, a fin de cosechar sus óptimos frutos, así en la presente vida como en la futura, por la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA IX (4, 23-5, 11)

Análisis.

Hubiera podido alguien objetar a San Pablo: ¿Qué tiene que ver Abraham con nosotros, y qué nos va en que se le haya tomado en cuenta la fe para la justificación? –A estas objeciones se anticipa él a contestar, demostrando por la autoridad de la Escritura, que no tenemos nosotros otra vía para llegar a la justicia que la que tuvo Abraham, pues tenemos el mismo motivo para creer que es Dios, y el mismo objeto, las cosas reveladas por Dios.

Ni es obstáculo insuperable para nuestra justificación la muchedumbre de nuestros pecados, pues Jesucristo, con su muerte, nos ha librado de todos nuestros crímenes. El fruto de esta justificación es nuestra paz con Dios; no volvamos, pues, a nuestros pecados y a nuestra mala vida pasada. Esto es posible; porque si estando cargados de crímenes nos libró Jesucristo, ¿cuánto más nos mantendrá ahora en el estado de gracia en que nos ha colocado?

Advierte San Juan Crisóstomo que la gracia para la cual nos abre camino Cristo, por la fe, consiste en la gran dignación que nos ha dispensado de dársenos a conocer; en habernos librado de nuestros yerros, en habernos instruido en la verdad y en habernos lavado en el bautismo.

Esta gracia es en nosotros estable, y sus influencias continuas e incesantes; porque no son los dones de Dios como los de los hombres. Hoy da uno a otro una colocación o un cargo, y mañana se lo quita; y aunque no se lo quite, se lo arrebatara muy pronto la muerte. No así los dones de Dios, que son estables y sólidos; ni los hombres, ni los demonios, ni la adversidad, ni la violencia, ni la muerte, ni el infierno, nos los podrán arrebatara nunca jamás.

De las palabras siguientes de San Pablo saca luego el santo doctor varias lecciones morales ya sobre la grandeza de los bienes de la vida futura y sobre los provechos que podemos sacar de los trabajos y aflicciones de la presente, ya sobre las amenazas que hace Dios a los pecadores para reprimir la impetuosidad de sus desarregladas pasiones. En nuestras cruces y aflicciones nos aconseja recordar el gran gozo de los apóstoles de haber sido hallados dignos de ser azotados por el nombre de Jesús, y el ejemplo de los tres niños del

horno de Babilonia y de otros muchos que, estando encadenados en las cárceles, no cesan de dar gracias a Dios por ello.

Encomia grandemente en esta homilía las tres virtudes teologales: La fe como única vía para la justificación; la esperanza, que dice ser firmísima como fundada en el amor de Dios, que no puede fallar, y, sobre todo, la caridad que dice ser más fuerte y sublime que todas las cosas.

Y no se escribió por él solamente que “se le tomó a cuenta”, sino también por nosotros, que creemos en aquél que resucitó a Jesús, Señor nuestro, de entre los muertos (4, 23, 24).

1. Muchas y magníficas cosas había dicho de Abraham, de su fe, de su justicia y del honor que Dios le concedió; ahora, para que los oyentes no dijeran: ¿Qué nos importa eso a nosotros? pues el justificado fue él, nos coloca al pie del Patriarca. ¡Tal es la fuerza y significación de sus palabras, preñadas de espíritu! Viene un hombre del corazón de la gentilidad; ayer mismo llegó, y, de repente, sin haberse distinguido por servicio alguno, nos dice que al punto alcanza tanta gracia, no sólo como cualquier judío creyente, sino como el mismo Patriarca, y (cosa sobre toda ponderación maravillosa) mucho más aún que ellos. Pues es tan sublime nuestra nobleza, que su fe fue tipo de la nuestra.

Y no dijo: Si a él se lo tomaron en cuenta para la justicia, verosímil es que también a nosotros; para que no pareciera que apoyaba su razonamiento en meras consecuencias silogísticas, sino que se funda desde luego en la autoridad de la divina ley, y resulta su aserto una sentencia de la escritura divina.

¿Por qué, dice, por qué está escrito, sino para que sepamos que también nosotros hemos alcanzado la justicia por la misma vía, pues que creemos al mismo Dios, y sobre las mismas cosas, aunque no en las mismas personas? Mas al mencionar nuestra fe, al mismo tiempo, encomia la inefable benignidad de Dios, que no deja nunca de los labios, aduciendo la cruz; así lo declaró aquí con aquellas palabras: *El cual fue entregado a la muerte por nuestros delitos, y fue resucitado para nuestra justificación (25).*

Pruébese la resurrección de Cristo. Mira cómo, asignada la causa de la muerte, señala la misma para la resurrección. Pues dice:

¿Por qué fue crucificado? –No por delitos propios, como consta por la resurrección; porque si era pecador, ¿cómo resucitó? Por tanto, si resucitó, es evidentemente que no fue pecador. –Ahora bien, si no era pecador, ¿cómo fue crucificado? –Por causa de otros. Mas si fue por causa de otros, luego indudablemente resucitó. Pues para que no dijeras: ¿Cómo podemos alcanzar la justicia siendo tan criminales, siendo reos condenados por tantos y tan graves delitos?, contesta él, poniéndote delante al que todos los expió y borró; y confirma su aserto por la fe de Abraham, por la cual alcanzó él la justicia, y por la salutífera pasión.

Mas en nombrando la muerte, luego al punto habla también de la resurrección. Puesto que no fue su muerte para condenarnos y entregarnos a los eternos suplicios, como reos que éramos de lesa majestad suya y destinados a tan tremendas penas, sino para colmarnos de soberanos dones, pues para eso murió y resucitó, para justificarnos: *Justificados, pues, en virtud de la fe, mantengámonos en paz con Dios por mediación de Nuestro Señor Jesucristo* (5, 1).

¿Qué quiere decir aquello: *Mantengámonos en paz*? Hay quien dice que Pablo inculca aquí que no prosigamos agitándonos en intestinas luchas y sediciones, pretendiendo introducir la ley. Mas a mí me parece que trata ya de enseñarnos cómo hemos de vivir en adelante. Pues como había hablado tan largamente de la fe, encomiándola y anteponiéndola a la misma justicia proveniente de las obras; para que estos encomios no fuesen a nadie ocasión de contentarse con la fe sola, y así se diesen a la pereza e indolencia, dijo: *Mantengámonos en paz con Dios*, esto es, no le ofendamos de nuevo con nuestros pecados, no volvamos a las andadas, que esto sería romper las paces y emprender una nueva guerra contra su divina majestad.

Pero dirás: ¿Cómo es posible que no volvamos ya nunca más a pecar?– Pues yo, al contrario, digo: ¿Cómo fue posible nuestra justificación primera? Porque sí, estando abrumados y caídos bajo el enorme peso de tan innumerables y tan graves pecados, nos libró Cristo de todos ellos, ¿cuánto más fácil será perseverar, con su ayuda, en el estado a que su benignidad nos elevó? Porque no es lo mismo recibir, de buenas a primeras, la paz de que carecíamos, que conservarla una vez adquirida, pues que más difícil es conquistar una ciudad, que mantener su posesión contra el ataque enemigo. Y, no obstante, lo que tan difícil era lo hemos alcanzado por nuestro Mediador, Jesucris-

to, con una facilidad envidiable; luego también podremos conseguir, sin dificultad ninguna, lo que es mucho más fácil, con tal que nos unamos al que nos favoreció con tan sublime don.

Mas en este punto me parece a mí que quiere significar no sólo cuán fácil, sino también cuán justo y razonable es, de nuestra parte, el que nos esforcemos por conservar la paz y justicia adquiridas. Porque si El, estando nosotros bajo el rayo de la indignación divina, nos reconcilió con el Padre, justísimo es que permanezcamos en su paz y amistad, volviéndole este retorno, a fin de que no parezca que ha reconciliado con el Padre un hato de gente grosera y mal criada, ingrata y perversa. *Puesto que por El, dice, hemos sido sublimados, por medio de la fe, a esta gracia* (2). Si pues, estando tan lejos, nos dio entrada, mucho más, siendo ya vecinos y parientes suyos, nos ha de conservar sin duda alguna.

2. Mas yo te ruego y suplico encarecidamente que consideres y ponderes despacio cómo junta siempre estas dos cosas: lo que Cristo, por su parte hace, y lo que nosotros hacemos. Sus beneficios son muchos, diversos e incomparables. Pues por nuestras almas dio su vida, sufriendo muerte acerbísima por reconciliarnos con Dios, dándonos acceso a esta amistad y prodigándonos una gracia inmensa; mientras que nosotros, por nuestra parte, no aportamos más que la fe; por lo cual dice: *Por medio de la fe a esta gracia, en la cual nos mantenemos*.

Mas ¿qué gracia es ésta?— La que nos comunica el conocimiento de Dios, nos libra de errores, nos enseña la verdad y nos colma de todo bien por el bautismo; a esto nos dio acceso, para recibir todos estos dones. Pues no se concreta a concedernos perdón de nuestros pecados, sino que nos eleva a los más sublimes honores y dignidades.

Y más aún, porque tampoco paró en esto, sino que nos prometió otros más altos y perfectos dones, completamente inefables y superiores a toda comprensión humana. Por eso distinguió bien y puntualizó estas dos clases de bienes. Pues al decir: *Gracia*, significó los presentes; y cuando añade: *Y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios*, nos reveló todos los futuros.

Y con razón dijo: *En la cual permanecemos*. Porque ésta es la naturaleza de la gracia divina; no reconoce término ni límite, sino que progresa siempre, y sube sin cesar a más y más altos grados, cosa que no acaece en las cosas humanas. Verbigracia: ha logrado uno escalar

una alta magistratura, ha alcanzado gran poderío y muy grande gloria. ¿Cuánto le durará? ¿Será perpetua? –No, sino que hoy es y mañana no parece (Cf., Ps. 36, 35); y aunque nadie se lo quitara, pronto se lo arrebataría todo la muerte. No así los dones de Dios, que no podrán arrebatarnos ni hombres, ni tiempos, ni adversidades, ni demonios, ni la misma muerte; antes, después de muertos los poseeremos con más seguridad; y durante la vida, mientras más avancemos, mayores son, y más y más los disfrutamos. Por tanto, si hallas dificultad en creer en los bienes futuros, sítvante de argumento para creerlos los presentes que ya has logrado y alcanzado. Pues por eso dijo: *Y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios*. Para que aprendas cuáles deben ser los ánimos de quien ha hecho a Dios el obsequio de su fe. Pues debe estar tan certificado y tan firme de lo que le han de dar en la gloria como de lo que ya tiene recibido; porque el gozarse y gloriarse es de cosas que se tienen ya en la mano y se poseen. Así es que como la esperanza de los bienes futuros es tan firme, es tan cierta y evidente como la posesión de los que ya tenemos, por eso nos gloriamos de ellos lo mismo que de los presentes; y por eso los llamó gloria. Porque si hacen mucho y contribuyen para la divina gloria, sobrevendrán sin duda alguna; si no por nosotros, al menos por el mismo Dios.

Mas ¿qué digo de cuán dignos son los bienes futuros de que nos gloriemos en ellos? –Hasta los males mismos presentes son tales, que debemos alegrarnos y congratularnos de ellos; y por eso añadió: *Y no es esto solo, sino que nos gloriamos en las tribulaciones* (3). Considera, pues, cuán grandes serán los bienes que esperamos, cuando los males mismos que acá sufrimos y tan tristes nos parecen, nos esfuerzan y animan con la esperanza de aquéllos. ¡Tal es el don divino, que no hay en él parte alguna, ni la más mínima, que sea desapacible y áspera!

Los combates por Cristo traen consigo gran gozo. En las cosas exteriores las luchas y combates nos traen trabajo, pesadumbre y fatiga, el gusto y el placer se queda para el galardón, el premio y la corona; aquí es otra cosa: aquí las luchas mismas nos proporcionan ya un gusto y un deleite no menor que los mismos premios y coronas.

Como aquellos cristianos pasaban entonces por muy grandes pruebas, sufrimientos y tentaciones, y del reino no tenían posesión, sino sólo esperanza, y mientras que las cosas graves, pesadas y molestas

las tenían presentes, los bienes no más que en esperanzas lejanas, lo cual afligía y descorazonaba a los débiles y flacos; por eso, aun antes de las eternas coronas, les reparte aquí recompensas y premios diciéndoles que conviene gloriarse en las tribulaciones. Y no dijo: Debéis gloriaros, sino, *Nos gloriamos*, dirigiéndoles la exhortación en su misma persona.

Luego, como parecía cosa inaudita y nunca imaginada su aserto de que debía alegrarse y gozarse luchando con el hambre, los tormentos, las cárceles y cadenas, los oprobios y afrentas, luego al punto lo prueba y, lo que más es, dice que no sólo hemos de gloriarnos en todas esas cruces por los eternos premios que les están reservados, sino también por los presentes; pues las mismas tribulaciones, por sí, son deseables.—¿Por qué? Porque nos avezan y ejercitan en la paciencia. Por esto, habiendo dicho, *Nos gloriamos en las tribulaciones*, añade: *Sabedores de que la tribulación engendra paciencia*. Repara, de nuevo, la enérgica y vehemente elocuencia de Pablo, y cómo convierte la dificultad en prueba y argumento; pues, como las tribulaciones les causaban desesperación y desánimo de los bienes futuros, dice que, precisamente por ellas hay que tener muy gran confianza y no descaecer jamás de la esperanza de los premios eternos. *Porque la tribulación, dice, labra paciencia, la paciencia, virtud aquilatada, la virtud, probada esperanza, y la esperanza no nos deja corridos* (4, 5). Pues nuestras tribulaciones y aflicciones no sólo no quitan, en modo alguno, la esperanza, sino que la fundan y afirman. Pues ya antes de llegar a la posesión de los bienes futuros, tiene la tribulación muy grande fruto, es a saber, la paciencia, que prueba al que sufre y es tentado como al oro el crisol, y contribuye también grandemente para los premios venideros, porque robustece y hace florecer nuestra esperanza, pues no hay cosa que tanto nos anime a esperar como la buena conciencia.

3. Nunca desesperó quién bien vivió; y, al contrario, hallarás a millares gentes que viven malas o negligentemente, y se encuentran tan atormentados por los remordimientos, que desearían que no hubiera juicio ni retribución eterna. Pues ¿qué? ¿en esperanza son nuestros bienes? En esperanza, sí, mas no humana, que fenece y deja corrido al que esperaba, o por muerte de su padrino y protector, o porque mudó de bisiesto.

No son así nuestras esperanzas, sino que permanecen siempre

firmes e inmuebles. Porque el que hizo las promesas vive eternamente; y nosotros, que hemos de gozar de aquellos bienes, aunque morimos, resucitaremos, y no hay cosa que pueda confundirnos, como si loca y temeraria hubiéramos puesto nuestra esperanza en cosa deleznable y frágil.

Confirmados así sus ánimos y quitada toda vacilación y toda duda, no hace aquí pausa, sino que trae de nuevo los bienes futuros, porque sabía muy bien que los flacos e imperfectos, aunque buscan las cosas presentes, tampoco se contentan con ellas solas. Y así los asegura de las futuras con las prendas que tienen ya recibidas en bienes presentes. Pues podría alguno decir: ¿Y si no quiere seguir favoreciéndonos? Porque bien sabemos todos que puede, que permanece, que vive; mas que querrá favorecernos, ¿por dónde consta? Por lo que ha hecho ya por nosotros. ¿Qué? La más insigne prueba de amor que nos ha dado.

El mayor don de los dones es el Espíritu Santo. Y ¿qué ha hecho, dirás, para demostrarnos su amor?—Al Espíritu Santo nos ha dado. Y así después de decir: *La esperanza no nos deja corridos*, aduce la prueba diciendo: *Porque el amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones, por el Espíritu Santo que se nos ha dado.*—Y no dijo, Se ha dado, sino, *Se ha derramado en nuestros corazones*, dando a entender con cuánta abundancia y largueza se nos ha comunicado.— Mas ¿qué cosa nos ha dado? Lo mayor y más excelente que hay en los cielos y tierra, eso nos dio. Porque no fue el cielo, no el mar, no la tierra, sino cosa mucho mayor y más preciosa, pues de hombres nos hizo ángeles, hijos de Dios y hermanos de Cristo.

Todo esto nos dio al darnos al Espíritu Santo. Por aquí verás claramente que si no tuviese determinado, después de nuestros trabajos, ceñir nuestras sienes con valiosísimas coronas, no nos hubiera enriquecido, aun antes de los trabajos, con tan soberanos dones. Mas ahora muestra su ferviente amor honrándonos, no paso a paso, sino regalándonos de golpe la fuente misma y el manantial de todos los bienes, y esto antes aún de los combates.

Por tanto, aunque no seas muy santo y muy digno, no desconfíes, teniendo ante el Juez padrino tan *poderoso*, la caridad misma. Por esto después de decir: *La esperanza no confunde*, atribuye tan feliz suceso, no a nuestras obras, sino todo a la dilección santa.

Mas, nombrado el Espíritu Santo, luego al punto vuelve a la cruz,

diciendo: *Porque ¿de dónde nace que Cristo, estando nosotros todavía enfermos del pecado, al tiempo señalado murió por los impíos? A la verdad, apenas se hallará quien quiera morir por un justo; por un bienhechor tal vez habría quien se animara a dar su vida. Pero lo que más hace brillar la caridad de Dios hacia nosotros es que, siendo aún pecadores, murió Cristo por nosotros* (6, 8). Pues si por un hombre virtuoso y santo no hay quien quiera dar su vida, pondera la caridad de tu Señor a quien vio el mundo universo crucificado, no por hombres justos y santos, sino por pecadores y enemigos suyos; como lo dijo luego: *Que si siendo pecadores, murió Cristo por nosotros, con mucha más razón, justificados ya, seremos por El salvados de la ira divina. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, con mucha más razón, una vez reconciliados, nos salvará por El mismo, resucitado y vivo* (9, 10).

Aunque en estas frases tal vez te parezca que se repite varias veces una misma cosa, si bien lo consideras, no es así. Atiende, pues, y lo verás. Lo que intenta es confirmarlos en su esperanza de los bienes futuros, probándoles cuán sólida e indefectibles son las promesas divinas; y primeramente los avergüenza con el sentir y persuasión del justo (Abraham), cuando dijo: *Se robusteció en su fe y confianza, plenamente persuadido de que todo cuanto Dios tiene prometido, es poderoso para cumplirlo* (4, 20, 21); después, por la gracia concedida; luego, por las tribulaciones capaces de fundar y afirmar nuestra esperanza, y por el Espíritu Santo que hemos recibido, y, finalmente, por la muerte de Cristo por nosotros, pecadores y enemigos suyos.

Y aunque parece, como antes dije, que no hace más que repetir una misma cosa, sin embargo, míralo bien y verás que no es una sola cosa, sino que afirma dos, tres y más cosas: primero, que murió; segundo, que por hombres impíos; tercero, que nos reconcilió, nos salvó, nos justificó, nos hizo inmortales, hijos y herederos de Dios.

Enséñanos aquí el Apóstol que no hemos de corroborar nuestra esperanza únicamente por haber muerto Cristo por nosotros, sino además por los dones que, mediante su muerte se nos dieron; aunque el sólo morir por nosotros, pecadores y enemigos suyos, sería ya máximo argumento de amor; más constándonos, como nos consta, que con su muerte nos prodigó sus dones y tan grandes dones, y a tales sujetos; sobrepujan toda hipérbole los portentos de caridad con que nos ha obligado hasta tal punto, que son capaces de traer a la fe y a la

esperanza al más torpe y estúpido de los hombres. Pues no es otro el que nos va a dar la salvación que el que, siendo pecadores, nos amó hasta el extremo de entregarse a la muerte por nosotros.

¿No ves cuán sublime prueba nos proporciona este pasaje para fundar nuestra esperanza de los bienes futuros? Porque dos eran los obstáculos que dificultaban nuestra salvación: que éramos pecadores y que habíamos de salvarnos por la muerte del Señor, la cual parecía increíble antes que sucediera, y requería para llevarse a cabo una indecible e incomprensible caridad. Mas ya, una vez realizada, lo demás es, como suele decirse, coser y cantar; porque *ella es la solución de todas las dificultades*. Porque siendo ya amigos suyos, no hace falta que muera. Pues quien de tal modo amó y perdonó a sus enemigos, que no perdonó a su Hijo, sino que lo entregó a la muerte por ellos, ¿va a desampararnos ahora, cuando no hay ya necesidad de que su Hijo sea entregado?

Porque dos cosas pueden impedir que uno te dé la salud o que no quiera, o que aunque quiera, muchas veces no puede; mas con Dios nada de eso sucede, pues de que quiere, la prueba al canto: nos dio a su Hijo; y que puede, bien lo mostró justificando a los pecadores. ¿Qué impide, pues, la consecución de los bienes futuros? Nada, absolutamente nada.

Luego, además, para que no te sonrojes y afrentes al oír pecadores, enemigos, flacos y cobardes, impíos oye lo que dice: *Y no sólo eso, sino que también nos gloriamos en Dios por Nuestro Señor Jesucristo, por cuyo medio hemos obtenido ahora la reconciliación* (11). ¿Qué quiere decir aquella palabra: *Mas no sólo eso?*— Que no solamente hemos alcanzado la salvación, dice, sino que nos gloriamos de lo mismo que a alguno pudiera parecer motivo de abochornarnos y avergonzarnos. Porque el que, abrumados bajo el peso de tanta malicia y culpas tantas, haya querido, no obstante, salvarnos, prueba es evidente del amor que nos tuvo el que nos salvó. Porque no por medio de ángeles, no de arcángeles, sino por su Unigénito Hijo nos dio la salvación. De forma que no sólo el haber dado la salvación, sino el haberla dado a tales sujetos, y por medio de su Unigénito, y no sólo por su Unigénito, sino a costa de su sangre y de su vida, todo esto nos labra mil coronas de honor y de gloria. Pues no hay cosa que así contribuya a excitar en nuestros ánimos la esperanza, el gozo y la gloria, como el estar ciertos de que Dios nos ama y de que nosotros le

amamos. Esto es lo que hace refulgentes y gloriosos a los ángeles, esto a los principados y potestades, esto es cosa mayor que el reino. Por eso Pablo lo prefería al reino; por eso también llamo yo bienaventuradas a las incorpóreas Potestades, porque lo aman y obedecen en todo. Por esto las alababa y admiraba el Profeta diciendo: *Poderosos en fortalecer, que cumplís sus órdenes, pronto a la voz de su palabra* (Ps. 192, 20). Por esto celebra y encomia Isaías (6, 2) a los serafines y su gran virtud, poder y gloria, porque estaban ante aquel solio elevado y sublime de inmensa gloria, evidente señal de dilección eximia.

PARENESIS

4. Imitemos, pues, también nosotros a aquellas soberanas Potestades, y procuremos no sólo estar cerca de aquel solio, sino también que habite en nuestras almas el que en él se sienta. Porque El amó a los que le odiaban y continúa amándolos: pues *hace salir el sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos* (Mt., 5, 45). Ama, pues, tú al que te ama; porque te ama, sí.— Pues ¿cómo dirás, el que nos ama nos amenaza con penas y suplicios y con el mismo infierno?— Por eso precisamente, porque nos ama; pues contando así y atajando la malicia, y reprimiendo con el terror, con poderoso freno, los malos y perversos ímpetus, no deja piedra por mover, ya con promesas, ya con amenazas, para detener a los mortales que, cual caballos desbocados, se lanzan impetuosos a las profundas simas de los vicios, atrayéndolos a Sí y apartándolos de la perversidad y malicia, cien veces peor que el mismo infierno.

Mas si te ríes de todo lo dicho y prefieres continuar encenagado en el vicio, a sufrir un trabajo y aflicción brevísima, no lo extraño, ésa es tu alma, aviesa, desarreglada y torcida; señal es de embriaguez crónica, de enfermedad endémica e incurable.

Símil.— Pues también los niños, cuando ven quemar y sajar al cirujano, rehúyen, cejan y recalcitran, gimiendo y llorando a lágrima viva, arañándose y mesándose los cabellos, y prefieren sufrir perpetuamente sus llagas, tumores y postemas, a soportar el dolor de un momento y recobrar la salud. Mas las personas juiciosas saben que es más grave y pesado estar enfermo, que sufrir una momentánea opera-

ción quirúrgica; así también el ser malo es peor que el ser castigado; porque esto es curarse y gozar luego de perfecta salud, y aquello eternizarse es la enfermedad.

Ahora bien, que la buena salud es preferible a la enfermedad, nadie lo ignora; así como los ladrones son más dignos de lástima cuando horadan y allanan la casa ajena, y roban y matan, que cuando son traspasados por el hierro del verdugo. Porque si es mejor el alma que el cuerpo, en lo cual no hay duda ninguna, muerta ella por la culpa, hay mayor razón para llorar y gemir; y si ella no lo siente así, tanto es más digna de lástima. Por lo mismo los enredados en amores impuros son más dignos de compasión que los que son presa de fiebre; y asimismo los borrachos, más que los puestos a cuestión de tormento.

Mas dirás: Si aquellas cosas son más graves y molestas, ¿por qué las preferimos a éstas?— Porque tal es la enfermedad humana: la mayor parte, conforme al proverbio, prefieren lo peor, dejando a un lado lo que saben ser mejor. Y es cosa que acaece también en los manjares, en el género de vida, en las rivalidades y envidias, en los placeres, en las mujeres, en las casas, en los esclavos, en los campos y en todas las demás cosas. Porque dime, ¿no es más gustoso juntarse con hembras que con varones, o con mujeres que con animales? Y, no obstante, hay muchos que se juntan con brutos, o afean los cuerpos de los varones, a pesar de que las cosas que son según naturaleza son más gustosas que las que son contra ella.

Mas tal vez dirás: Hay muchos que tienen por apetecibles cosas ridículas, ásperas, execrables y dignas de castigo.— Pues por eso mismo son más miserables y desgraciados, porque perdido y trastornado el juicio, tienen por bueno y deseable lo que, en realidad es detestable y malo. Mas no es como ellos juzgan, sino muy al contrario. Porque si el suplicio impuesto por los delitos fuera malo, seguramente que Dios no habría añadido males a males, haciendo así a los hombres cada vez peores. Pues haciendo, como hace, todo lo posible para acabar con la malicia y con el vicio, no iba él mismo a fomentarlo y aumentarlo. Luego el castigo no es un mal para el delincuente, sino que lo que es malo para él es el no ser castigado, del mismo modo que para el enfermo el no curarlo.

No hay cosa tan mala y perniciosa como los apetitos absurdos y desordenados; y cuando digo absurdo entiendo el apetito desordenado

de delicias y placeres, de vana e inmerecida gloria, de triunfar y mandar y de todas las demás cosas innecesarias. Pues el que lleva una vida desenfadada y muelle parece el hombre más dichoso y feliz del mundo; pero, en realidad, es infelicísimo y sumamente miserable y digno de lástima, pues entrega el dominio y señorío de su alma a unas tremendas amazonas de una crueldad y tiranía indecibles (= las pasiones).

Esta fue la razón por que Dios quiso que esta vida fuera un tejido de trabajos y miserias, para librarnos de esta ominosa esclavitud de las pasiones y trasladarnos al reino de la libertad pura y sincera; para esto amenazó al pecado de muerte eterna y otros castigos, y sembró de trabajo nuestra vida, enfrentando la molicie.

Repara lo que acaeció a los judíos: cuando estaban condenados a manejar el barro y fabricar ladrillos en Egipto, eran: buenos, religiosos y mansos, y recurrían suplicantes a Dios con mucha frecuencia; mas luego que se vieron libres del cautiverio, se hicieron murmuradores y rebeldes, irritaron mucho a Dios y atrajeron sobre sí los rayos de la ira divina.

Pero ¿qué me dice usted de los que tantas veces ha extraviado y perdido la tribulación?— Que no fue eso obra de la tribulación, sino de ellos. Es como si uno toma una muy activa medicina que tiene virtud y eficacia de sobra para limpiarlo y curarlo, mas su estómago no la admite, sino que se estraga y se arruina con ella; nadie atribuirá el mal efecto al específico, sino a la mala disposición del estómago flaco y enfermo. Pues a quien los trabajos arruinan, mucho más lo estragaría la desidia: porque si, estando amarrado (que esto es la tribulación y la aflicción), tiene aún muchos tropiezos y caídas, andando, a su talante, suelto y libre, ¿qué no hiciera? ¿No diera mil traspiés y mil caídas mucho más graves.

Pero dirás: ¿Cómo me las compondré para no dar al través en las tentaciones, adversidades, miserias, calamidades y desdichas?— Pensado que, quieras o no, las tienes que sufrir; mas que si las llevas en paciencia y dando a Dios gracias, alcanzarás muy grandes premios; mientras que si, por el contrario, te consumes de tristeza y dejas escapar maldiciones y blasfemias, lejos de aligerar la cruz, la haces mucho más grave y más molesta.

Teniendo presentes estas advertencias, hagamos de la necesidad virtud. Hoy, por ejemplo, pierdes un hijo generoso y noble, mañana,

la hacienda entera; si consideras que eso es cosa inevitable, pero que de talas calamidades, a las que es imposible sustraerse, se pueden coger frutos magníficos, sufriendolas generosamente y, en lugar de blasfemar, das a Dios muy rendidas gracias, así, todos esos males y desgracias; acaecidas sin culpa ni voluntad tuya, se te convierten en magníficos obsequios que, ofrecidos a Dios de lo íntimo del corazón, son una riquísima mina de merecimientos para el cielo. ¿Has visto a la muerte arrebatarte un hijo en la flor de la edad_ Di: *El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó* (Job., 1, 21). ¿Has visto venirse a tierra tu hacienda?—Di: *Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré a él.* ¿Has visto a los malos gozar de prosperidad, y a los buenos afligidos de mil males, y no alcanzas la causa?—Di: *Como un jumento era yo para ti, pero estaré siempre contigo* (Ps., 72, 23).

Mas si porfías en indagar la causa, piensa que tiene Dios decretado el día en que ha de juzgar al orbe, y así desaparecerán todas las dudas y dificultades: pues entonces recibirá cada cual su merecido, como Lázaro y el rico avariento. Acuérdate de los apóstoles. Pues ellos, azotados, expulsados y atormentados de mil maneras, se alegraban de haber tenido la suerte de padecer que el nombre de Jesús. Así también tú, si padeces alguna enfermedad o agotamiento, súfrelo con valor y dando gracias a Dios, y recibirás el mismo premio.

Pero, ¿cómo podré, aquejado de la enfermedad y los dolores y hecho una pura llaga, darle gracias a Dios?—Amándole sinceramente y con toda tu alma. Pues si los tres niños, en medio de las llamas del horno babilónico, y otros muchos encadenados en tétricas y tenebrosas cárceles, no cesaron, sin embargo, de dar gracias a Dios; mucho más podrán hacerlo los aquejados de alguna molesta enfermedad.

Porque no hay cosa, no, que el amor no venza, y si ese amor es el amor de Dios, entonces es más levantado y sublime que todas las cosas: ni el hierro, ni el fuego, ni la pobreza, ni la enfermedad, ni la muerte, ni cosa alguna parecerá pesada y grave al que está abrasado de este amor, sino que se reirá de todo eso y volará al cielo, encendido en el mismo fuego en que se abrasan los serafines.

No mirará otra cosa; no el cielo, no la tierra, no el mar, sino únicamente la soberana hermosura de aquella inmensa gloria. Y así ni podrán abatirle los trabajos y aflicciones de la presente vida, ni engréirle sus delicias y prosperidades. Amenos, pues, este amor, que no tiene par, tanto a causa de lo presente como de lo futuro; y más aún

por la naturaleza misma del amor. Pues así nos libramos de los suplicios de esta y de la otra vida, y alcanzaremos y gozaremos el reino eterno.

Por lo demás, ni el libramos del infierno, ni el conseguir el reino es cosa grande, si se la compara con lo que vamos a decir: tener a Cristo por nuestro amante y nuestro amado. Porque si entre los hombres este amor mutuo, esta amistad sobrepuja y es preferible y superior a todo deleite, cuando la amistad y el amor mutuo es con Dios, ¿qué ingenio, qué lengua podrá explicar la dicha y felicidad de un alma así?— No hay entendimiento que tal pueda; sólo la experiencia nos lo hará comprender.

Para aprender, pues, por experiencia, esta espiritual alegría, esta dichosísima vida, este tesoro de infinitos bienes, dejadas todas las otras cosas, abracemos este amor, para alegría nuestra y gloria de nuestro amado Dios; porque a El es la gloria y el imperio junto con su Unigénito y su Espíritu Santo ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.